

Recuerdos de don Ricardo E. Latcham

por

LA REDACCION

No se podía esperar otra cosa del que fuera fundador de la etnografía chilena. No había aún dejado de tronar el ronco tambor de Arauco, cuando este inglés enjuto que llevaba en el fondo de su alma la bandera de una ciencia desinteresada, puso su teodolito y su sueño, del mejor corte romántico del XIX, en las tierras recién conquistadas de los Aucas.

Corría el año de 1889, en los veinte años exactos de la edad del ingeniero Mr. Richard Latcham Cartwright.

Había nacido en Bristol el 5 de marzo de 1869. Las primeras letras le fueron dadas en el Board School (1875-79); la educación secundaria en el Queen Elizabeth's Hospital (1879-84); todo en la ciudad natal.

Marchó a Londres y después del superior paso por el Polytechnic Institute, se gradúa en 1888 de Ingeniero Civil.

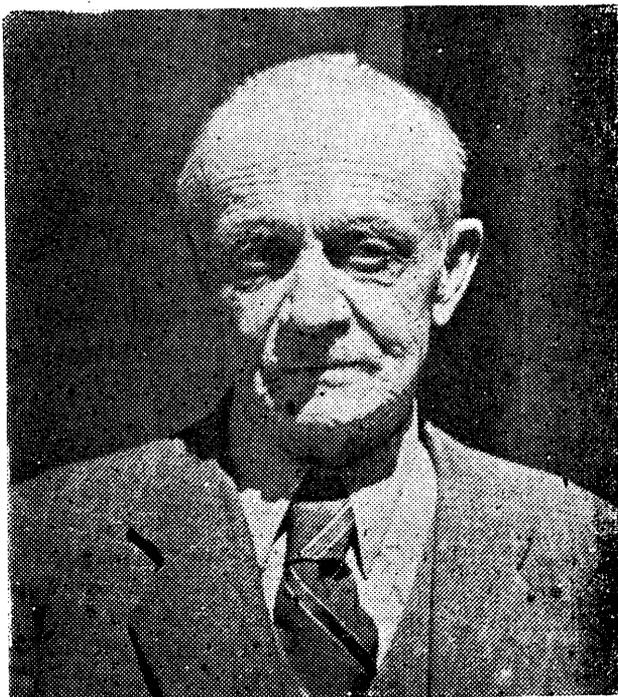
Así lo encontramos a los veinte años exactos de su edad. En Arauco. Su ímpetu extranjero quería hacer de él un delineador de la frontera, un parcelador de las áreas verdes quitadas a los indios, pero la providencia augusta, que sabe más que todos de las vocaciones reprimidas de los hombres, condujo sus manos de experto a través de los migajones de un pasado penante, ocultador de las reliquias neolíticas del indio americano.

Durante cinco años, en que su anglicanismo de origen le asistía, vivió sumergido en las regiones subandinas de los departamentos de Marihuán y Collipulli.

Aquel interés refinado por el estudio de las costumbres, la lengua, las creencias y la mentalidad de los aborígenes, le abriría el paso en los mejores anales de la culta Inglaterra.

Su sistemática y al mismo tiempo, mágica vocación hacia las sociedades primitivas, había nacido, pues, en el contacto mismo con los indios chilenos, que después de algunos años de convivencia, cuenta la tradición, que una tarde en que el sol parecía abandonar la tierra para diluirse en el mar, lo coronaron "para siempre" con la flor del cópihue y la rama del canelo, en la dignidad de Toqui.

Trabajó durante tres años en la construcción del Ferrocarril de Santiago a San Antonio. Y en 1893 se trasladó fugazmente a la capital, siendo nombrado profesor del Instituto Internacional, donde su



DON RICARDO E. LATCHAM,
última fotografia

señorío británico, en una nueva manifestación, penetró el alma de los educandos. Ese mismo año se traslada al Liceo de La Serena, ciudad de radicalismos y campanas, que lo acogería en su carácter de avanzada del desierto. Ya habría de ser éste la pista de investigaciones en que don Ricardo agotaría en parte su humanismo sin fronteras.

* Era en septiembre de 1902, cuando abandonó la muy noble ciudad de La Serena. Grandes recuerdos quedarían temblando, sin embargo, en sus estíos eternos.

Entró en la pampa, ganándose el más o menos grato pasar con su hasta ahora olvidada profesión de Ingeniero de Minas.

Pero nunca tampoco habríase admirado más un cónsul británico de servicio en las costas de este raro continente, cuando hubiera sabido del entusiasmo y la habilidad desconocida con que el inglés Latcham Cartwright trabajaba la antropología, la arqueología y la prehistoria de Chile.

Allí toma contacto con los remanentes de los Changos del Norte Chico y otros pueblos apartados del Norte. Tiene oportunidad de hacer numerosas excavaciones y estudiar algunos restos humanos de los antiguos habitantes.

Fué tal vez hasta 1920 principalmente un hombre de acción. Hacia esos años había ya publicado algunas obras fundamentales, pero no había entrado en la planta de ningún establecimiento oficial de investigación superior. Empieza entonces a frecuentar los medios intelectuales santiaguinos, y se dedica a la publicación de numerosos trabajos suyos, el costo de los cuales, como las investigaciones previas a ellos, eran financiados con el dinero de sus actividades particulares.

En 1927 fué nombrado profesor de Arte Indígena Americano en la Escuela de Bellas Artes de Santiago, continuando estas clases hasta 1931.

Al mismo tiempo, en 1928, se le nombró Director del Museo de Historia Natural, puesto que ocupó hasta su muerte, ocurrida el 16 de octubre de este año. Eduardo Barrios, que sentía un viejo cariño por don Ricardo, le había dado esa dirección de honor.

Cuando la Universidad de Chile creó la Facultad de Bellas Artes, él fué su primer Decano. Y en 1935, a juicio de algunos, demasiado tarde, si se consideran las enseñanzas que el maestro de nuestra etnografía podría haber dado, se le unge catedrático de Prehistoria Americana en el Instituto Pedagógico.

Después. Eso lo dirá el presente impasible. El viejo profesor, que había aprendido su ciencia en el largo libro de tierra y rebeldes grupos étnicos, que es lo que siempre ha sido Chile en su integral historia, enfermó de achaques de vejez y de pródiga actividad. Ultimamente, estaba alejado del tumulto ciudadano y de los afañes inmediatos que la polémica científica impone a los que se entregan a ese duro ejercicio.

El día domingo 17 último, en la tarde, —pensamos tal lo hubiera querido aquel que es más americano por haber sido poderoso develador del hombre prehistórico en estas tierras—, en una sencilla y numerosa concurrencia al Cementerio de Disidentes, lo acompañamos todos los que en alguna forma reconocemos su paso por este planeta. No menos cerrados y lejanos del tumulto necrológico que se acostumbra en el país hubieran estado los funerales de un Toqui.

Las voces de los señores Amunátegui, Santa María, Fuenzalida, Feliú Cruz, nos hicieron pensar en don Ricardo. Porque es difícil para



Don Humberto Fuenzalida hace uso de la palabra en los funerales de don Ricardo E. Latcham.

aquel que lo conoció establecer el juicio de que era un "gringo", como gráficamente nos lo decía su más joven y valioso colaborador y continuador.

Don Ricardo E. Latcham "era un hombre extraordinariamente jovial y lleno de la más amplia simpatía humana que es posible encontrarse".

Después de la vida, su método

Latcham tuvo, como lo hicimos notar en la relación de sus inicios, una formación de tipo matemático y rigurosamente científico. Preparación particularmente útil a las actividades a que se dedicaría en el curso de su activa y creadora vida de fundador. Sería siempre un observador sin ideas preconcebidas, y que sólo emite una opinión después de haber constatado un buen número de hechos en los cuales no hubiera contradicción lógica ni flaqueza experimental. En este sentido, la obra de don Ricardo es de una honradez ejemplar.

El trabajo material de las excavaciones era la primera fase de su investigación. Los hechos, que se desprendían de ellas los anotaba meticulosamente en sus libretas de campaña. Del resultado de ese primer contacto con la realidad, salían siempre numerosos trabajos analíticos y descriptivos, que constituían su primer aporte. Poseía una memoria privilegiada en ese sentido, y no se le escapaba un hecho, por lejano que estuviera en el tiempo, cuando su apasionado cientifismo lo requería para una síntesis o una comprobación.

Después de esta obra de concentración experimental previa, y jalonando su paso en la consulta de cronistas e historiadores, iba al esbozo de una obra de conjunto. Casi todas las obras extensas de don Ricardo tienen una preparación no inferior a treinta años de trabajos y de meditaciones.

Respecto a sus colaboradores —parte tan importante del método de un científico moderno— sostenía la tesis que debían ser por esencia "chiflados", hombres de vocación, de resistencia y de gran desprejuicio. Cualquiera persona que fuera "un chiflado" tenía para él la mejor carta de presentación. En su trabajo de aprendizaje —como tampoco nunca después, trataba de imponer a tales curiosos personajes, colaboradores una férula—. Creía que la libertad del espíritu es de la que se obtienen los más brillantes y fecundos resultados. Era, en la más aristocrática designación del término, un animador, un caminante que por decencia fingía solamente haber pasado un poco antes por el sendero bibliográfico de sus noveles y ansiosos corifeos.

Finalmente, hay que agregar en el aspecto crítico: su obra complementa y en aspectos rectifica la del gran Max Uhle. Este, en sus ocho años de estancia en el Norte de Chile, sólo pudo hacer excavaciones entre Arica y Caldera. La integración original que Latcham hizo en sus teorías no ha sido nunca proclamada suficientemente. Pero es necesario hacerlo, en honor de aquellas personas que miran de fuera las ciencias predilectas de ambos investigadores.